

PAULO COELHO

El círculo de la felicidad

Ilustraciones de Sebastià Cabot



PAULO
COELHO

El círculo de la felicidad

Ilustraciones de Sebastià Cabot

TRADUCCIÓN DE ANA BELÉN COSTAS

 Planeta

Sumario

El círculo de la felicidad	11
El regalo invisible	17
El rey y el escriba	21
¿Volverá a llover?	27
Las lágrimas del desierto	29
El discípulo impaciente	35
Una visita importante	37
A, B, C, D.	41
El mejor regalo	45
Los tres cedros	47
La oración que olvidé	53
El abeto de Saint-Martin	57
La ciudad oculta	63
Humi siempre quiere ser mejor	65
Los monjes y el arquero	71
Cuando las cosas no son lo que parecen	73
El modelo del artista	79

Las dos gotas de aceite	83
La historia del lápiz	89
De camino a la catedral	93
Un recuerdo de la infancia.	99
Un cuento de hadas	105
Un buen profesor	111
Más allá de Babel	115
Un lugar en el Paraíso	121
El ladrón, el perro y el niño	127
Una historia de amor imposible.	133
La pequeña felicidad de lo cotidiano	139
El hombre y los pájaros	143
El cántaro agrietado	149
El gran samurái.	153
El camino de los valientes	157
Detrás de las palabras.	163
Estatutos	169
Las sandalias	175
El significado de la paz.	181



El círculo de la felicidad

Cuenta Bruno Ferrero la historia de un campesino que, un día, llamó con fuerza a la puerta de un convento. Cuando el hermano portero abrió, el campesino le tendió un magnífico racimo de uvas.

—Querido hermano, estas son las uvas más hermosas de mi viña. Y he venido hasta aquí para regálártelas.

—¡Gracias! Se las llevaré inmediatamente al abad, que estará encantado de recibir esta ofrenda.

—¡No! Las he traído para ti.

—¿Para mí? —El hermano se sonrojó, ya que pensaba que no era merecedor de tan espléndido regalo de la naturaleza.

—¡Sí! —insistió el campesino—. Porque siempre que he llamado a la puerta, me has abierto. Cuando

necesitaba ayuda porque la cosecha se había perdido por la sequía, me diste un trozo de pan y un vaso de vino todos los días. Quiero que este racimo te traiga un poco del amor del sol, de la belleza de la lluvia y del milagro de Dios, que lo hizo crecer tan hermoso.

El portero colocó el racimo de uvas ante él y pasó toda la mañana admirándolo: era realmente maravilloso. Por eso decidió entregárselo al abad, que tanto le había enseñado con sus sabias palabras.

El abad se puso muy contento, pero recordó que había un hermano en el convento que estaba enfermo y pensó:

«Voy a darle el racimo. Puede que lo anime un poco».

Y así lo hizo. Pero las uvas no permanecieron mucho tiempo en la habitación del hermano enfermo, porque este reflexionó:

«El hermano cocinero me ha cuidado durante mucho tiempo, alimentándome siempre con lo mejor. Seguro que se alegra».

Cuando el hermano cocinero apareció a la hora del almuerzo, con la comida, le entregó las uvas.

—Son para ti —dijo el hermano enfermo—. Como siempre estás en contacto con los productos que nos ofrece la naturaleza, sabrás qué hacer con esta obra de Dios.

El hermano cocinero quedó deslumbrado por la belleza del racimo e hizo que su ayudante observara la gracia de las uvas. Eran tan perfectas, pensó, que nadie podría apreciarlas más que el hermano sacristán. Él era el responsable de custodiar el Santísimo Sacramento y muchos en el monasterio lo consideraban un hombre santo, por lo que sabría valorar mejor aquella maravilla de la naturaleza.

El sacristán, a su vez, le regaló el racimo al novicio más joven, para que comprendiera que la obra de Dios se encuentra en los detalles más pequeños de la Creación. Al recibirlo, el novicio sintió la gloria del Señor en su corazón, pues nunca había visto uno tan hermoso. En ese momento recordó la primera vez que fue al monasterio y a la persona que le abrió la puerta; fue ese gesto el que le permitió formar parte de una comunidad de personas que sabían valorar los milagros.

Así pues, poco antes del anochecer, le llevó las uvas al hermano portero.

—Cómelas y disfruta —dijo—. Porque pasas la mayor parte del tiempo aquí solo y estas uvas te harán muy feliz.

El hermano portero comprendió que aquel regalo realmente estaba destinado para él. Saboreó entonces cada una de las uvas de aquel racimo y durmió feliz.

De esta manera se cerró el círculo; el círculo de la felicidad y la alegría, que siempre se extiende alrededor de las personas generosas.

